

Gabriela Águila.

Historia de la última dictadura militar. Argentina, 1976-1983.

Siglo Veintiuno Editores, 2023.

Pocos periodos de la historia argentina han sido tan analizados como los siete años entre 1976 y 1983, en los que el país padeció la última de sus dictaduras. La trascendencia de esta etapa ha traspasado las fronteras del mundo académico para situarse todavía hoy, varias décadas después, en el corazón de unas discusiones públicas que tratan de desentrañar su significado y alcances. Ante tal centralidad y ante la ingente cantidad de obras y debates que ha provocado, cabría preguntarse si realmente era necesaria la publicación de un nuevo libro sobre la última dictadura argentina. Y la respuesta solo puede ser afirmativa si posee la exhaustividad y la atención por el detalle y la complejidad de este trabajo de Gabriela Águila.

La obra de Águila ofrece así un actualizado balance de las preguntas fundamentales sobre la dictadura argentina. Cuestiones clave como los objetivos de los golpistas, la primacía del plan económico, los

alcances de la represión, la participación de los civiles, y los lazos con el periodo anterior y el posterior, tendrán cabida a lo largo de sus páginas, así como las distintas respuestas que tanto la autora como diversos especialistas han ido ofreciendo. De esa forma, si en numerosas ocasiones la autocrítica académica subraya la tendencia hacia la realización de estudios aislados y la escasez de trabajos que engloben el conjunto, el libro que nos ocupa se puede considerar una de esas obras de síntesis que inmediatamente se convierten en una referencia. Más si se tiene en cuenta que el último aporte de similares características, el realizado por Marcos Novaro y Vicente Palermo (*La dictadura militar, 1976/1983*. Paidós), fue escrito en 2003, dos décadas antes de la que nos ocupa, y con la significativa particularidad de que ninguno de sus autores era propiamente historiador.



Se trata, por tanto, de un libro que aspira a ser consultado tanto para un público general que busca un primer acercamiento con el periodo riguroso, pero accesible como para los especialistas que deseen una visión actualizada y sintética de los últimos avances sobre la cuestión. Pocas personas pueden salir airoso de ese complejo equilibrio entre investigación y divulgación, pero al mismo tiempo pocos historiadores cuentan con el bagaje académico y docente de Gabriela Águila, investigadora del CONICET y profesora en la Universidad Nacional de Rosario. A ella debemos aportes claves como el acento en la perspectiva local y regional o la importancia de conocer el contexto previo al golpe.

Pese a su estilo sencillo y ágil para la lectura, la autora bucea en la complejidad del periodo y no ofrece respuestas simples. Al contrario, quien busque definiciones tajantes se puede sentir decepcionado ante los matices y la profundidad que se ofrecen. En ese aspecto se aprecia una de las obsesiones de la autora: la importancia de tener en cuenta la escala de análisis a la hora de llegar a unas u otras conclusiones que no son erróneas per se, sino que dependen del lugar de observación.

Tras la introducción, el libro se articula a lo largo de cinco capítulos, en una estructura en la que se

observa el compromiso entre el análisis sincrónico de ciertos aspectos y el orden cronológico. El primero de los capítulos está dedicado a explorar los significados del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Resulta toda una declaración de intenciones que el análisis se abra explorando lo sucedido en el periodo anterior, en el llamado tercer gobierno peronista, entre 1973 y 1976, desde el que se trazan algunas continuidades. Se asiste en estas páginas al ascenso de las Fuerzas Armadas como actor político protagonista y se discute el complejo papel de los civiles y las responsabilidades del gobierno y de la oposición. Se echa en falta, no obstante, que se exploren con mayor profundidad las posibles conexiones con el anterior periodo autoritario, entre 1966 y 1973, que apenas son tenidas en cuenta en la historiografía sobre la cuestión.

La puesta en marcha de la dictadura es examinada a partir de la tensión entre su cara clandestina y los esfuerzos por dotar al régimen de una fachada legal. Águila describe así el andamiaje institucional con el que las Fuerzas Armadas se dotan y los principales discursos con las que explicitan sus objetivos. Ahora bien, como se mostrará en los siguientes capítulos, la autora subraya que el poder dictatorial no era homogéneo: no solo por los ro-

ces que explotarían entre las tres armas, sino por las distintas sensibilidades y proyectos más allá del consenso antisubversivo.

También resulta significativo que la obra dedique un capítulo exclusivo, el segundo, a la represión. La autora retoma aquí la importancia de los antecedentes para comprender lo que ocurrió a partir de marzo de 1976: no solo se explora lo sucedido en Tucumán y en varios centros industriales a lo largo de 1975, sino que se analizan las matrices ideológicas de esa acción y la evolución del concepto de subversión a partir de reglamentos militares. Asimismo, Águila vuelve a incidir en el equilibrio ante una acción centralizada de la represión con la existencia de particularidades zonales. En ese juego de escalas, la autora también subraya la importancia de lo transnacional y la conexión represiva a nivel latinoamericano, que tuvo su expresión más conocida en la llamada Operación Cóndor. Pero si la represión fue central durante la dictadura, los militares trataron asimismo de conseguir apoyo social a partir de un programa de acción cívica y psicológica que también es analizado.

El tercero de los capítulos se ocupa de analizar los proyectos económicos y políticos de la dictadura. Si la economía fue, junto con la represión, uno de los pilares del

llamado Proceso, Águila incide en las distintas voces que se encerraban en el plan económico, así como el carácter heterodoxo de muchas de las medidas que, pese a la huella que dejaron en la reconversión de la economía, no lograron solucionar problemas como la inflación. La política, sostiene la autora, estuvo también presente a lo largo de la dictadura, tanto por parte de unos partidos que ofrecieron respuestas muy diversas frente al Proceso, como por unas Fuerzas Armadas que contenían facciones enfrentadas en su interior. Esas divisiones, como concluye el capítulo, provocaron que ninguno de los objetivos económicos o políticos de la dictadura se cumpliera finalmente.

El mencionado desgaste del régimen se analiza en el cuarto capítulo. 1978 es así presentado como un año bisagra, en el que, tras la celebración del Mundial de fútbol, el consenso sobre el régimen se va erosionando irremediabilmente. El espacio que iba cediendo el régimen fue ocupado por unos actores que adquirirían mayor protagonismo como los sindicatos, la Iglesia o los partidos políticos. Entre ellos alcanzará un rol central el movimiento de Derechos Humanos; fiel a su estilo, Águila no disfraza la complejidad de este espacio y su carácter homogéneo, así como los distintos desarrollos provinciales, que no

siempre siguieron el más conocido modelo capitalino.

El último capítulo analiza la crisis final de la dictadura. La llegada de un nuevo presidente militar, Viola, supone para Águila la llegada de una liberalización controlada, contexto que es aprovechado para una mayor presencia de los políticos con la creación de la Multipartidaria. La autora describe la debilidad del nuevo presidente, presionado tanto por un aumento de la conflictividad sindical como por la acción de los organismos de Derechos Humanos, cuyo discurso se va instalando en la sociedad. Por su parte, el golpe interno liderado por Galtieri a fines de 1981 es interpretado como un retorno a las teóricas raíces del Proceso. El penúltimo presidente militar será recordado especialmente por la guerra de Malvinas, de la que se destaca la ola de entusiasmo que generó en sus inicios, pero también la falta de coordinación entre las Fuerzas Armadas que llevará a la derrota en la guerra y al resquebrajamiento del poder militar. El último año de dictadura es presentado a partir de los intentos de concertación y autoamnistía por parte del gobierno de Bignone, la inercia movilizadora de finales de 1982, en la que destacaron nuevos actores como los movimientos vecinales o la juventud, y la campaña electoral de 1983. Llama

la atención el apartado dedicado a un aspecto como la cultura durante la dictadura, que estuvo lejos de detenerse en esos años, un aspecto escasamente considerado en obras similares.

En las palabras finales, la autora retoma dos de los hilos conductores del libro. Por una parte, la tensión entre el carácter singular de esta dictadura y su inclusión en una trama de interrupciones democráticas que sufrió no solo Argentina, sino toda la región. Por otra, la complejidad de los comportamientos sociales que se dieron cita a lo largo de esos siete años.

Como no podía ser de otra manera, son aún muchos los aspectos que desconocemos sobre la última dictadura argentina, pero a la altura de su publicación, pocos trabajos ofrecen un balance más completo de lo que sí sabemos con este libro de Gabriela Águila.

Dr. Joaquín Baeza Belda

ISHIR-UNR/CONICET

Rosario, Argentina

ORCID [0000-0002-8523-8530](https://orcid.org/0000-0002-8523-8530)

Connecting research and researchers

